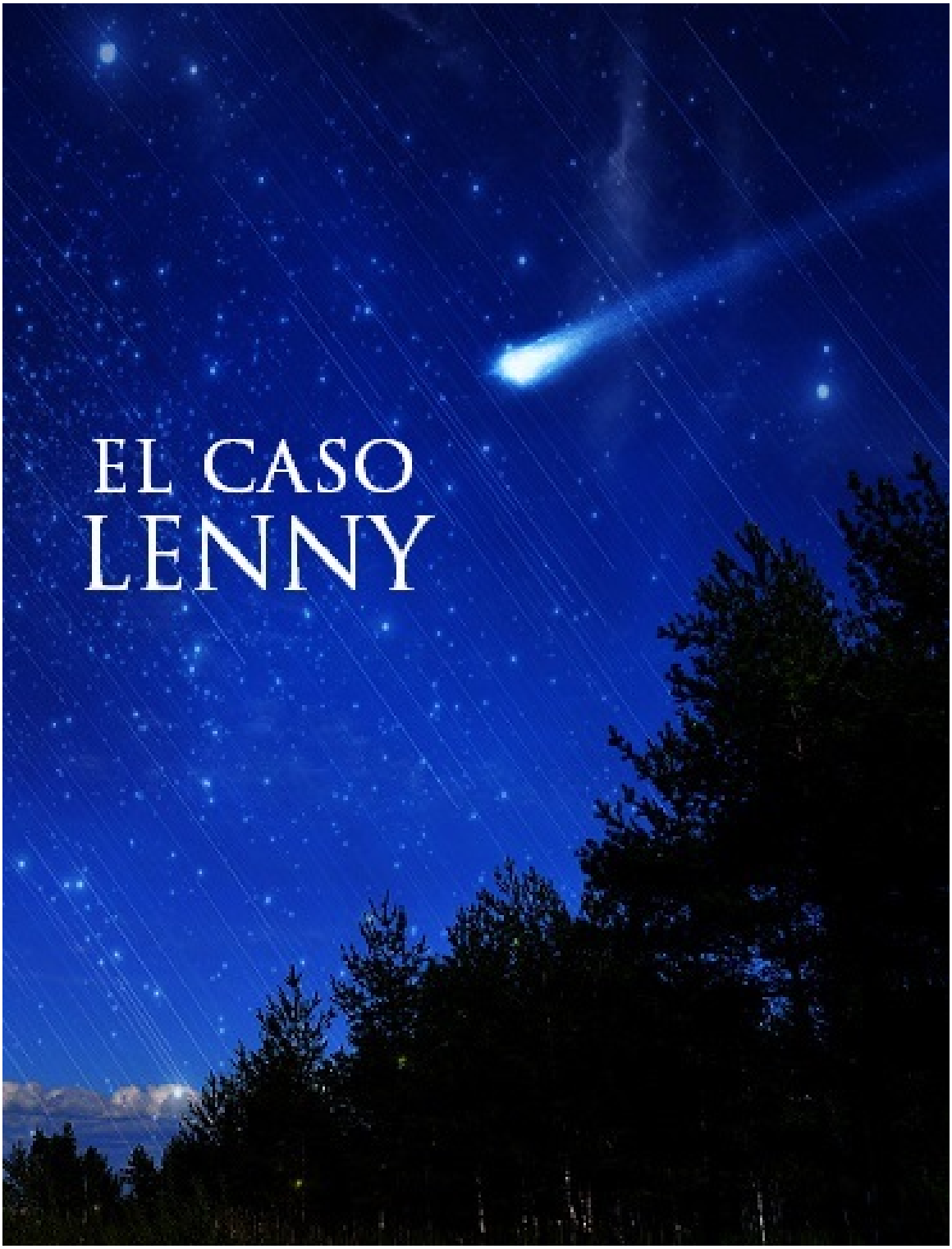
El caso Lenny

S. M. Villa



Capítulo 1

Cuando Albert Lennox inventó la máquina del tiempo no se hizo famoso. Murió arruinado y con los sesos desparramados en la acera después de caer desde lo alto de una nave industrial. Nunca se llegó a resolver su muerte; tenía motivos para suicidarse pero también era bastante torpe. Sin embargo, lo que realmente sucedió fue lo siguiente: la máquina del tiempo tenía el tamaño de un campo de fútbol y Lennox la construyó a escondidas en un polígono, así que cuando por fin logró hacerla funcionar el edificio entero desapareció y él se precipitó al vacío.

Años más tarde, con el apoyo de varios gobiernos y bajo la estrecha vigilancia de los equipos de espionaje de esos mismos gobiernos, la científica Berta Müller retomó con éxito el trabajo de Lennox; la máquina ocupaba medio campo de fútbol. No era suficiente. Y así comenzó una carrera por ver quién era capaz de construir la máquina del tiempo más pequeña. Ganó Nobuhiro Oku con una dispositivo temporal con forma de casco, pero él tampoco se hizo famoso. Para entonces interesaban mucho más los nuevos robot-asistente y los viajes en el tiempo ya eran un asunto restringidopor el Comité del Tiempo y el Espacio (CTE), y controlado por el misterioso Cuerpo Especial de Policía Temporal (CE-PT) después de varias guerras, múltiples paradojas y demasiados ganadores de la lotería. Así consiguieron sus galones de capitán muchos miembros del CE-PT, como el famoso agente Freeman; viajando de un lado para otro, de adelante a atrás por El Continuo, arreglando las meteduras de pata de los más idiotas y deteniendo a los más malvados, haciendo un uso indiscriminado del Departamento de Memoria que los expertos advertían traería nefastas consecuencias con el tiempo. Pero ellos controlaban el tiempo, arreglarían cualquier problema como hasta entonces, y harían mucho dinero por el camino.

Debido a esto, aprovechando la nueva corriente, el CTE ordenó a sus expertos adaptar el trabajo de Nobuhiro y la máquina del tiempo definitiva se construyó con forma de hombre.

Ese fue el nacimiento de Lenny, el robot-máquina-del-tiempo, al que le gustaba pensar que su nombre era en honor de Albert Lennox pero realmente se trataba de una broma de los ingenieros pues su cara se asemejaba a un emoticono de principios del siglo XXI.

Lenny era un robot-asistente como otro cualquiera. Tenía su propio apartamento, ganaba el suficiente dinero para comprarse una carcasa nueva de vez en cuando y lejos quedaba en su mente la idea de ser sustituido, pero no era feliz, porque aunque su vida era como la de todos los demás androides él era un robot-máquina-del-tiempo. El único. Y eso, para él, un amante de la historia y los viajes suponía una tortura, porque Lenny, el robot-máquina-del-tiempo era el único ser consciente que no

podía viajar en el tiempo. Evidentemente sí viajaba, era literalmente el único ser capaz de hacerlo, estaba diseñado para eso, y podía transportarse a cualquier momento de El Continuo, pero una vez en el destino, después de llevar al ricachón de turno a hacer una visita a su época favorita como buen robot-asistente, Lenny caía en un profundo sueño. Así lo había establecido la CTE en su día como medida de seguridad para los viajes turísticos, los únicos que se hacían ya; el robot-máquina-del-tiempo trasladaría al viajero hasta las coordenadas temporales establecidas, se anclaría en el suelo y entraría en modo reposo. Era incapaz de andar, de hablar, de hacer nada, hasta que el viajero ejecutara la rutina de retorno al presente, porque no querían que un androide acabara paseando por el Hollywood de los años 30 del siglo XX. Así que Lenny viajar sí viajaba pero para nada.

Y aquella era la razón por la que Lenny odiaba al señor Bridge, porque Lenny robot-máquina-del-tiempo soñaba con ver todas las apariciones del cometa Halley, desde la primera allá por el año 239 a.C de la que él podía dar fe hasta la última en 1986 que el señor Bridge le impidió presenciar. El hombre no era una mala persona, siempre le había tratado bien, y cuando los técnicos introdujeron las coordenadas temporales para que Bridge viajara a 1986 a un mercadillo medieval en la ciudad deWrexham, Gales, Lenny tuvo la esperanza de que desde la posición de Llegada pudiera ver el cometa pasar, pero no fue así y entonces supo que aquella persona había acabado con su sueño. Hasta entonces, y saltándose algún que otro protocolo de seguridad después de hackear su propio sistema para poder al menos ver lo que sucedía a su alrededor, Lenny había viajado desde su apartamento cometiendo un gran crimen temporal hasta cada uno de los pasos del cometa. Pero cuando acompañó al señor Bridge a Wrexham, el año 1986 y aquella pequeña ciudad dónde según los documentos históricos se veía mejor que en ningún otro lado el paso del cometa, quedaron ya fuera de su alcance según las normas de la CTE.

Aquello era todo en lo que pensaba Lenny cuando se recargaba en la cama-batería de su apartamento, en la oportunidad perdida por culpa del señor Bridge. Ya jamás podría volver a 1986. Su programación se lo impedía, al igual que viajar a un tiempo posterior a la muerte de Lennox, y si lo intentaba y lo lograba seguramente acabaríacon los circuitos abrasados, no sabía si del esfuerzo o por algún programa anti-viaje instalado en su cerebro robsiónico por la CTE. No importaba, tenía que olvidarse, él, Lenny, el robot-máquina-del-tiempo, no podía viajar al único año que quería viajar.

Entonces una idea loca, una de esas ideas disparatadas que él mismo pensaba que no podían nacer en un cerebro artificial, nació. Si él era incapaz de viajar a 1986, usaría una máquina del tiempo. Intentó localizar alguna reliquia, incluso el almacén dónde Albert Lennox construyó su máquina, pero fue inútil, sin duda la CTE había hecho sus deberes y

cualquier aparato temporal había sido retirado, destruido y olvidado.

Solo quedaba uno, él, y una idea todavía más loca le pegó un guantazo. ¡Construiría un robot, un robot-máquina-del-tiempo exactamente igual que él! Sabia cómo hacerlo, solo tenía que copiarse, así que recolectó todo lo necesario durante semanas y lo hizo. Un robot-máquina-del-tiempo nuevo, sin las prestaciones del original, sin rostro ni cerebro robsiónico, solo una carcasa-máquina-del-tiempo pero suficiente. Le llamó Bobo.

Antes que nada tenía que probar si funcionaba. Eran las 15:00, así que decidió viajar a las 16:00. Al pasado era peligroso, conllevaba demasiado riesgo a la paradoja si cambiaba algo y provocaba lo que los expertos llamaban *un lío de tres pares de narices*; y al futuro lejano estaba prohibido y eso lo cumpliría, no quería aparecer en mitad de una guerra intergaláctica contra una raza alienígena ni nada parecido. Activó a Bobo, se agarró a él y en un abrir y cerrar de ojos se encontraban en el mismo sitio una hora después. ¡Éxito! Se tomó una copa que tenia sobre la mesa para saborear el triunfo, le dio al retorno y apareció a las 15:15. Perfecto, siempre era así, quince minutos de margen de seguridad, lo establecido por la CTE. Se sentó en el sofá, se felicitó a sí mismo, alabó a Bobo y se preparó otra copa de vodka con lubricante industrial. No llegó a pegar ni un trago. El pánico se apoderó de él, eran las 15:20, en menos de tres cuartos de hora él mismo con Bobo aparecería en aquella misma habitación. ¿Cómo había podido olvidarse de eso? Metió a Bobo en un armario y salió disparado de su apartamento para no encontrarse consigo mismo. Para asegurarse se metió en un Cine 8D a ver el remake de una adaptación de un cómic basado en la bso de un anuncio inspirado en la novela que influenció la obra de teatro convertida en videojuego de realidad virtual del biopic del guionista del borrador del capítulo piloto de una serie que jamás llegó a rodarse.

Tres horas después abandonó el cine a media película y volvió a su casa. Todo estaba en orden, un pequeño fallo de viajero temporal principiante, dijo para calmarse Lenny, el robot-máquina-del-tiempo. Ahora tocaba la buena, 1986. Sacó a Bobo del armario, lo activó y apareció en Wrexham, en la fecha señalada, y aunque no podía, Lenny sintió un escalofrío. Tuvo que desplazarse un poco, luego esperar a la hora perfecta, pero finalmente cumplió su sueño y pudo disfrutar del paso del cometa Halley. No se veía muy bien, tuvo que reconocer. Un par de horas después volvió hasta Bobo y anonadado vio como el señor Bridge se agarraba a la carcasa-máquina-del-tiempo y desaparecía. Lenny se quedó allí plantado, parpadeando y boquiabierto, con su cerebro robsiónico procesando aquello. Tardó lo suyo. ¡El señor Bridge le había robado a Bobo! Al final sí terminaría odiándole de verdad. Tras tranquilizarse supuso que el hombre simplemente se había equivocado y se acordó de que él mismo, Lenny, el robot-máquina-del-tiempo que había llevado a Bridge hasta 1986 debía de continuar allí. Corrió adónde recordaba haber llegado por primera vez y se encontró a sí mismo, anclado al suelo y sumido en el sueño de seguridad.

Aquella era la solución, volvería al presente usándose como máquina del tiempo, lo que era.

No, imposible, sería su fin. En cuanto apareciera en el presente los técnicos se darían cuenta de que no era el señor Bridge que había partido de allí rumbo a 1986 y se le echarían encima y sería retirado, destruido y olvidado. Pensó en otra cosa. Si volvía al presente con su propia capacidad de viaje... No serviría de nada, no podría moverse y estaría anclado al 1986. Por no hablar de que se abandonaría a sí mismo en aquel año. Se miró las manos por si comenzaba a desvanecerse. ¡Era imposible! Lenny, el robot-máquina-del-tiempo estaba atrapado en el pasado con Lenny, el robot-máquina-del-tiempo que solo podía llevarle al presente donde sería aniquilado.

¿Qué podía hacer entonces? Su cerebro robsiónico funcionó a toda potencia, no tanto por el dilema que estaba analizando, ni por la complejidad del asunto, sino porque todas las opciones posibles chocaban de frente con las normas de la CTE y sus dispositivos de seguridad que podían abrasarle el cerebro. Quizá se le abrasó, porquela idea que tuvo era casi un suicidio pero no encontró alternativa y se la jugó, con la idea más loca, esta vez sí, que jamás había tenido. Todo o nada.

Ancló los pies, estableció las coordenadas del día que viajó a 1986, agarró al Lenny dormido y apareció en la Sala de Transporte un minuto exactamente después del primer viaje. Los Técnicos de Robótica saltaron de sus sillas alarmados. Era demasiado pronto para la vuelta. Y entonces se dieron cuenta de la gravedad. ¿Cómo podía un robot-máquina-del-tiempo haber venido en un robot-máquina-del-tiempo desde 1986? Con presteza agarraron al Lenny durmiente de 1986, lo arrastraron hasta una habitación sin percatarse de que el otro Lenny volvía a desaparecer, echaron la llave y llamaron al CE-PT. Pronto se presentó el mejor agente del cuerpo, el capitán Freeman. Condecorado con la Medalla al Valor de la CTE, la Cruz de Honor de El Continuo y la Medalla del Pretérito Anterior, sin duda era la persona idónea para el trabajo, recomendado por todo el mundo, aunque nadie recordaba haber trabajado con él.

Durante apenas unos segundos estudió la situación, repasó el Informe de Viaje, escuchó las declaraciones de los técnicos y repasó los vídeos de seguridad, todo a la vez.

Luego se volvió hacia sus colegas del CTE y les dijo:

–Son ustedes unos idiotas, preocupados por un robot que viene de 1986 pero no se han acordado del hombre que tenía que volver de allí.

–Somos Técnicos de Robótica.

–Usted, despedido. Los demás, al Departamento de Memoria. Yo me ocupo.

Haciendo caso omiso a su propia regañina, Freeman aparcó el tema del viajero desaparecido, se agenció las llaves que retenían al robot durmiente en la habitación, el Lenny robot-máquina-del-tiempo de 1986, se encerró dentro con él y lo observó durante cinco largos minutos. Aquel robot-máquina-del-tiempo era el mismo que ellos habían enviado con el señor Bridge y que otro robot-máquina-del-tiempo desconocido había traído de nuevo al presente. Averiguar la procedencia del segundo robot desconocido tendría que esperar, el problema era mucho más peliagudo que una simple duplicación. Freeman meditó sobre las consecuencias de sacar al robot de su letargo y ordenarle regresar al presente desde el propio presente. Comenzó a sudar, activó el sistema de climatización y tras otros cinco minutos de catastróficas cavilaciones, consciente de las posibles implicaciones y muy convencido, dijo:

–Menudo lío de tres pares de narices.

Por eso reunió a cuatro expertos en la materia, Técnicos Temporales de alto nivel, y les expuso el problema. Cinco minutos más después, los suficientes según Freeman por la urgencia de la situación, les hizo presentar sus soluciones.

Primero habló el jefe del equipo. Según sus cálculos la reactivación del robot en el presente provocaría un colapso espacio-tiempo que El Continuo sería incapaz de reajustar naturalmente y el universo implosionaría. Cómo no, pensó Freeman. Por suparte, la doctora Laura Brown defendía la teoría del Rebote Lineal: el robot activado en el presente viajaría automáticamente al pasado para luego volver al presente.

–Bien, me gusta.

–Pero al volver rasgaría el tejido de El Continuo provocando una fractura en el tiempo y el universo implosionaría.

–Siguiente.

–Soy Ricardo D’Sousa, señor. Después de estudiar el caso detenidamente he llegado a la conclusión de que…

–¿El universo implosionaría?

–No.

–Bien, continúe.

–Explosionaría.

–Despedido. ¿Qué más?

La última de los expertos era una joven recién salida de la Universidad Temporal que se había mantenido en silencio desde el comienzo y no había hecho ningún comentario hasta entonces. Todos los ojos se volvieron hacia ella. Su nombre era Sara Marconi y solo dijo tres palabras:

–Construyamos otro robot.

Freeman la estudió durante unos segundos como si se tratara de un alienígena.

–Todos al Departamento de Memoria. Usted no, Sara, venga conmigo.

Recorrieron a toda prisa los pasillos en busca de los Técnicos de Robótica. De camino pasaron por la Sala de Transporte, Freeman quedó asombrado.

–¿Y ese otro robot?

–Según mi plan, es el robot durmiente que tenemos ahora y que mandaremos desde 1986.

–Bien.

–O que mandamos en 1986.

–Cállese. ¡Vigilen a ese robot-máquina-del-tiempo hasta que volvamos!

Encontraron a los Técnicos de Robótica desorientados pero felices en la sala de rehabilitación del Departamento de Memoria y Freeman les ordenó ponerse atrabajar.

–Construyan un robot-máquina-del-tiempo para que podamos usarlo para llevar al otro robot-máquina-del-tiempo en suspensión hasta 1986 y hacer que vuelva desde allí.

–Y que sea UNA robot.

Los Técnicos de Robótica miraron a Sara.

–Así podremos distinguirlos si ocurre algo.

Los técnicos estuvieron de acuerdo, se pusieron manos a la obra, crearon en tiempo récord una réplica exacta de Lenny y le dijeron a Sara que podía vestirlo como quisiera. Ella le llamo Silver.

Freeman y Sara llevaron al nuevo robot hasta la habitación del robot durmiente para proceder con su plan, anclaron a Silver al suelo, establecieron las coordenadas para el viaje, cogieron al Lenny de 1986 dormido y aparecieron en aquel año. Allí pusieron en su sitio al Lenny que traían, activaron el regreso y desapareció. Se felicitaron, ahora solo les quedaba volver al presente.

–¡Hola, han venido! –les saludó Lenny.

–¿Pero qué…? ¿Quién eres tú?

–Soy Lenny.

–¿Sara?

–El robot-máquina-del-tiempo que nos trajo al presente el otro robot-máquina-del-tiempo por el que hemos venido a 1986 y que acabamos de mandar.

–Ah, el duplicado. Gracias. ¿Y se puede saber qué haces aquí?

Lenny les explicó cómo se había metido en ese lío de tres pares de narices, admitiendo haber cometido un buen número de delitos temporales. Pensó que al final el desenlace de cualquiera de sus opciones no suponía gran diferencia pero había confiado en que de aquella manera tendría la oportunidad de explicarse antes de que un grupo de Técnico de Robótica lo agarrara sin preguntar, para retirarlo, destruirlo y olvidarlo, y el castigo fuera más leve. Sin duda se equivocaba, todo había resultado peor.

–Vaya que sí. Puedes estar seguro de que recibirás tu castigo.

–Lo entiendo, volvamos.

–No tan rápido. Si vuelves con nosotros habrá dos Lenny en el presente, es un peligro.

–Tres.

–¿Qué dices, Sara?

–Este Lenny, el que acabamos de mandar que en algún momento construirá otro robot-máquina-del-tiempo y para probarlo viajará una hora al futuro y ese mismo una hora después.

–¿Eso no serían cuatro?

–¡Da igual, dos son más que suficiente! De acuerdo, Lenny, tú te quedas. Cuando lleguemos al punto crítico que fue tu viaje hasta aquí, a 1986, volveremos a por ti aquí y ahora. Escóndete, que nadie te vea, y no la líes más.

–Vale. ¡No! Espere, ¿y el señor Bridge? Volvió al presente con Bobo.

–¿Sara?

–Seguramente aparecerá en tu apartamento a salvo, en nuestro futuro, quince minutos después de que tú vinieras aquí.

–No te preocupes, iré a por él antes de venir a por ti y le convenceré de que todo está bien.

–Perfecto. Pero hay dos cosas que no entiendo.

–A ver…

–Si ustedes ya saben todo esto, ¿por qué no evitan que yo cometa este lío detres…?

–¿Sara?

–Sería un error. Haremos justo lo contrario, nos aseguraremos de que nada le impida hacerlo.

–Exacto. Todo por El Continuo.

–De acuerdo. ¿Y yo? Si el Lenny que acaban de mandar es mi pasado, ¿cómo es que no recuerdo nada de esto si ya me ha ocurrido? ¿Cómo no recuerdo haber vuelto sin el señor Bridge?

–Bueno, Lenny, esa sí me la sé: tenemos un gran Departamento de Memoria.